



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 5.^a — AÑO XIII. — TOMO XI.

NÚMERO 21. — Madrid 25 de Julio de 1888.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

SUMARIO

Texto.

La Década, Tordesillas. — *De la libertad humana*, Enciclica de León Papa XIII (continuación). — *La indulgencia de Porciúncula*, Fr. José Coll. — *Exposición universal de Barcelona*: II, Melchor de Palau. — *Oración matinal del pobre*, Pedro de Madrazo, de las Reales Academias de la Lengua, Historia y Bellas artes de San Fernando. — *Nada*, F. Martínez Pedrosa. — *RETAZOS: El laconismo, Los busmanes, La abeja, La fotolitografía*, G. de R. — *Asociaciones benéficas*. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

Grabados.

SANTA EULALIA, pintura de Luis Taberner. — El apreciado artista y maestro de dibujo de la Infanta Doña Eulalia ofreció á esta augusta señora, con motivo de su casamiento, una preciosa cruz de marfil, en que iba pintada la imagen de Santa Eulalia, la niña mártir sacrificada por Diocleciano. Es una obra artistica de mérito, que con toda exactitud reproduce nuestro grabado.

VISTA DEL MONASTERIO DE SANCTI-SPIRITU, cuadro de José Vilar, dibujo de Cabanellas. — Con este paisaje y otro titulado: *Lago de la Albufera*, cimentó sólidamente su reputación el joven discípulo del infortunado Javier Juste, en la última Exposición nacional de bellas artes. Vilar aparece como legítima esperanza del arte [reproductor de la naturaleza vegetal y honra á la colonia valenciana que acudió á aquel certamen.

LA RADA DE ALICANTE, cuadro de Monleón, dibujo de Cabanellas. — Rafael Monleón ha gastado su vida, que todavía no es larga, estudiando el mar y pintando barcos. La marina que publicamos demuestra su pericia en la observación del natural. Las aguas de la bahía, placenteras y tranquilas, mantienen en la superficie embarcaciones fondeadas ó que navegan á remo ó á vela, entre las que revolotean las gaviotas. En el fondo se descubre la ciudad de Alicante y el castillo que la guarda. El conjunto es atractivo.

VALENCIA: LA TORRE DE SERRANOS, por P. M. Bertrán. — Notable y fielmente reproducidas están estas torres que flanquean la antigua cárcel y puerta de Aragón y Cataluña, cuya construcción data de 1381. El artista, más que dibujarlas, las ha estereotipado, conservando íntegro el carácter de aquel lugar y de aquel monumento histórico de la ciudad del Cid.

TORTOSA: PORTADA DE LA IGLESIA DEL HOSPITAL, por P. M. Bertrán. — Otro recorte sacado de las carteras del reputado dibujante catalán, que muestra un detalle de la ciudad tortosina, celebrada por su importancia arqueológica y por el carácter de la población.

LA DÉCADA

AUNQUE hagamos la vista gorda á los males ajenos, ó no reparemos en ellos, abstraídos en los propios, el telégrafo en sus síntesis ó dosis homeopáticas, ¡cuidado si nos dice cosas amargas! El escándalo toma proporciones colosales, aunque se nos sirva en glóbulos de media docena de líneas. El Rey de Servia que repudia á la Reina; que se divorcia con estruendo á la faz del mundo; que arranca á su hijo de los brazos de la infeliz madre; que desde lo alto del trono discute el honor de la familia haciendo partícipe de sus miserias al universo entero. ¿Puede darse cosa más inverosímil? El primer hombre de Estado de una nación poderosa, el Presidente del Consejo de Ministros de Francia, discute en pleno parlamento con un Diputado, con un General aspirante á salvador de la república; las palabras conviértense en apóstrofes, el apóstrofe en injuria, la injuria en hecho público, el duelo. Salen á relucir las espadas y uno de los contendientes por poco queda muerto. El honor se habrá vengado, pero la ley está herida, la moral ultrajada por los llamados en primer lugar á mantenerla. Los cintarazos resuenan por los ámbitos de Europa. El delito de los altos dignatarios franceses no se recata ni disimula: se hace público en todos sus detalles, como si se tratara de un acto meritorio. ¡Otro escándalo fenomenal! Vamos; cualquiera al ver esto,



SANTA EULALIA, PINTURA DE LUIS TABERNER.

se atreverá á pensar que los españoles se quedan cortos asesinando madres, en silencio.

La novela periodística del crimen de la calle de Fuencarral, sigue con su incoherente y enmarañado argumento, desarrollado por la suspicacia, la malicia y la duda. En ella hay algo de razonable, desvirtuado por la nota humorística que convierte la tragedia en sainete; algo de sensato y de lógico en el interrogatorio público, que nadie contesta, porque todos se han dado á preguntar y ninguno á responder. Periódicos acusadores hay muchos que reflejan la opinión general, que se sublevan ante la idea de que el tremendo delito quede impune. A título de sensible, humano y caritativo, hay algún papel-periodístico que vierte su lagrimita condolido del presunto reo, manifestación á que responde el vulgo, haciendo auto de fe con el susodicho papel. El proceso de la prensa da mucho que hablar; mucho que pensar el judicial proceso, de que con certeza no puede saberse una palabra; lo que, á juzgar por el tiempo transcurrido, aumenta la desconfianza de que el hecho no se esclarezca hasta que llegue el juicio oral. Sabemos puntualmente por los *reporters* las calles que frecuenta el Juzgado, las visitas que hace á pie ó en coche, la hora á que come ó se acuesta; en cuanto á sus indagaciones y afirmaciones, ignoramos por dónde anda. Sólo hay tres datos irrefutables: que la señora de Varela fué asesinada; que cerca de su cadáver se halló á Higinia Balaguer; que el hijo de la víctima, penado ya, se le acusa de haber atentado más de una vez contra la vida de su madre.

«La sociedad está perdida.» «No hay esperanza para ella.» «Esta es una red por cuyas mallas se escurren los peces gordos como los flacos.» «El mal no viene de abajo.» Tales frases se oyen á toda hora. Confirmándolas la prensa, que más gala hace de su sentido optimista, escribe: «Esta es una sociedad decadente.» ¿Nada más? Algo hay que añadir: enferma, anémica, insensible. Sólo la mueve el goce material, el ansia de poder, el medio de adquirir; sólo responde á los móviles en que se inspira el egoísmo humano. La indiferencia, el tedio la caracterizan: carece de principios y creencias sólidas; aspira á un ideal imposible, á una existencia sin lucha, á un placer sin dolor; rechaza la cultura intelectual; desprecia la moral y prescinde del espíritu.... Una sociedad que tiene la pretensión de suprimir el alma. Tal es la obra de la duda. Los anales del crimen de todos los tiempos nos presentan caracteres odiosos; delincuentes exaltados; en el flujo y reflujo de la civilización, criminales monstruosos que respondían á la pasión insana, *ira, furor brevis*; á la explosión de un momento: lo que no se concibe en la edad del progreso y de la ciencia, es estos caracteres aviesos, fríos, inexorables y profundamente perversos. No se comprende ese lujo de infamia y de prostitución, ni menos todavía que haya quien de las arterías criminales se aproveche.

Muchas veces me he dado á pensar qué sucedería el día en que cesaran las divisiones de los hombres en partidos. Con dos me contentaría: de un lado hombres buenos, de otro los malos; y por suprema ley de las mayorías, los primeros dominando á los segundos. ¿Cómo? ¿Con la espada ó el látigo? No; con el ejemplo, con la persuasión, con la ley. Dejando el superior de ser opresor, el vencedor de ser dictador, el realista de ser absoluto y el democrata de ser rey. Viniendo de lo alto el respeto al derecho y de abajo la obediencia; creando costumbres, empleando la vida en la educación de la

sociedad, escribiendo con letras de fuego este lema salvador «Justicia.» Lejos de ello, hemos hecho de cada partido una raza de sectarios intransigentes, y de cada familia una fracción. Los partidos agotan su recurso y su arte político en combatir, en despedazar á sus afines; su religión dudosa en odiar á sus correligionarios, y cuanto más se extremen las ideas, menos tolerancia y amor al prójimo hay en ellas; menos se observan la caridad y los preceptos del Decálogo. Por más que se diga, podrá carecerse de medro personal, podrán no verse cumplidas las satisfacciones del amor propio, podrá vivirse aislado, pero ¡qué noble y descansadamente vive el que juzga á los hombres por sus hechos y no por sus ideas políticas, el que se aleja de los partidos!

Pasemos ahora al interesante capítulo del plato.

Animal carnívoro, como algunos irracionales, es el hombre, y fácilmente se ceba en la presa cuando le viene á mano. Los inapetentes suelen aborrecer la carne que se les da en casa, pero miran con envidia codiciosa á los abonados al banquete diurno, á esos Baltasares, Nerones ó Sardanápalos, que gastan en un cubierto más de lo que pudiera emplear en subsistir un mes, cualquiera familia de menestrales. Hay de éstas, y muchas, que no conocen la carne más que de vista cuando refriegan la nariz en algúnuntuoso y provocativo escaparate; otras que se atreven á diluir en su vulgar puchero dosis infinitesimales, parodia, sin sustancia, de las píldoras de Liebig, y algunas que por acaso vieron repartir la comida á las fieras del más ínfimo domador ambulante, que sienten moverse su estómago de indignación por no poder aprovechar lo que desprecia la cansada voracidad de los gastrónomos animales.

Y todo lo que va dicho ¿á qué conduce? A demostrar que el porvenir reserva horas nutritivas, días restaurantes á los débiles y enfermos; que pronto quedarán abolidos los hambrientos; que los pobres podrán carecer de pan, pero no de carne, y que los sibaritas, glotones y suscriptores á la mesa redonda, decorada ó larga, podrán frecuentar sus veladas ó sesiones culinarias. La respetable Sociedad de Ganaderos nos ofrece cubrir el plato, poner *entrecots, bifsteaks, rosbifs* y chuletas á la altura de todas las clases, de todos los paladares y de todos los estómagos. Esperemos la prueba.

El arte está en baja, pero el barro en alza, á pesar de que se tiene como cosa la más deleznable el barro. Depreció la plata y el oro anda á la centésima parte de su valor en el mercado del Monte de Piedad. Pero atravesad el golfo de Calais, asomaos á Londres y veréis lo que allí vale una pieza de loza italiana ó hispano-arábiga. En venta pública se ha dado por un plato de Gubbio decorado con trofeos de armas, 2.350 duros; por otro plato firmado *Francesco Xanto de Rovigo*, 2.500 duros; por otro de la misma procedencia, fecha de 1538, en que está pintada la muerte de Hero y Leandro, 3.000 duros. Un jarro de Faenza, decorado de diversos y brillantes colores, valió 5.050 duros, y un gran plato hispano-arábiga, 1.700. Los lotes fueron veinte, produciendo más de 24.000 duros, que es dinero.

El crimen que aquí tanto se comenta, que tanto horroriza y cuya terrible impresión tardará mucho tiempo en desvanecerse, ha sido explotado por la industria de las hojas ambulantes y por la malicia de esos vividores que se ingenian. Anda por ahí un rompe-cabezas con un perro y esta pregunta: ¿Dónde está el asesino? Los periódicos contaron que un empresario trataba de contratar á la llamada *Lola la billetera* para cantar coplas de género flamenco en un popular teatro, aprovechando la triste celebridad

adquirida estos días por esa desdichada. La idea pareció cínica hasta en proyecto. Algún periódico se equivocó, y por decir: «esto sería prostituir el teatro más de lo que está» dijo: «esto se llama entender el negocio.» Se ignora lo que á tal proposición contestaría la interesada, pero puede suponerse esta ó cosa parecida:

— ¿Cantar yo? ¿Pues no ve usted que no he sabido cantar ni aun en el Juzgado?

Y en efecto, no ha cantado todavía.

Fordesillas

DE LA LIBERTAD HUMANA

ENCÍCLICA DE SU SANTIDAD LEÓN PAPA XIII

(Continuación)



LECCIONADA la Iglesia por las palabras y ejemplos de su divino Autor, ha afirmado y propagado siempre estos preceptos de altísima y verdaderísima doctrina, manifiestos á todos aun por la sola luz de la razón, sin cesar un punto de medir por ellos su encargo y educar á los pueblos cristianos. En lo tocante á las costumbres, la ley evangélica no sólo supera con grande exceso á toda la sabiduría de los paganos, sino que abiertamente llama al hombre y le forma para una santidad inaudita en lo antiguo; y, acercándole más á Dios, le pone en posesión de una libertad más perfecta. También se ha manifestado siempre la grandísima fuerza de la Iglesia en guardar y defender la libertad civil y política de los pueblos. Y en esta materia no hay para qué enumerar los méritos de la Iglesia. Basta recordar, como trabajo y beneficio principalmente suyo, la abolición de la esclavitud, vergüenza antigua de todos los pueblos del gentilismo. La igualdad ante la ley, la verdadera fraternidad de los hombres las afirmó Jesucristo el primero, de cuya voz fué eco la de los Apóstoles, que predicaban no haber ya judío, ni griego, ni escita, sino todos hermanos en Cristo. Y es tanta y tan conocida la virtud activa de la Iglesia en este punto, que donde quiera que estampa su huella, está averiguado no poder durar mucho las costumbres salvajes; antes bien mudarse en breve la ferocidad en mansedumbre y en luz de verdad las tinieblas de la barbarie. Tampoco ha dejado de obligar la Iglesia con grandes beneficios á los pueblos cultos, ya resistiendo á la arbitrariedad de los perversos, ya alejando de los inocentes y los débiles las injusticias; ya, por último, trabajando por que en las naciones prevalezca una organización tal que sea amada de los ciudadanos por su equidad y temida de los extraños á causa de su fuerza.

Es, además, obligación muy verdadera la de prestar reverencia á la autoridad y obedecer con sumisión las leyes justas; quedando así los ciudadanos libres de la injusticia de los inicuos, gracias á la fuerza y vigilancia de la ley. La potestad legítima viene de Dios, y *el que resiste á la potestad resiste á la ordenación de Dios*, con lo cual queda muy ennoblecida la obediencia, ya que ésta se presta á la más justa y elevada autoridad; pero cuando falta el derecho de mandar, ó se manda algo contra la razón, contra la ley eterna, ó los mandamientos divinos, es justo no obedecer á los hombres, se entienda, para obedecer á Dios. Cerrado así el paso á la tiranía, no absorberá todo el Estado, y quedarán salvos los derechos de los particulares, de la familia, de todos los miembros de la sociedad, dándose á todos parte en la libertad verdadera, que está, como hemos demostrado, en poder cada uno vivir según las leyes y la recta razón.

Si los que á cada paso disputan acerca de la libertad entendieran la honesta y legítima como acabamos de describirla, nadie osaría acusar á la Iglesia, de aquello que como suma injusticia propalan, de ser enemiga de la libertad de los individuos ó de la sociedad; pero hay ya muchos imitadores de Lucifer, cuyo es aquel nefando grito: *no serviré*, que con nombre de libertad defienden una licencia absurda. Tales son los partidarios de ese sistema tan extendido y poderoso, que tomando nombre de la libertad, quieren ser llamados *Liberales*.

En realidad, lo que en filosofía pretenden los *naturalistas* ó *racionalistas*, eso mismo pretenden en la moral y en la política los fautores del *Liberalismo*, los cuales no hacen sino aplicar á las costumbres y acciones de la vida los principios sentados por los partidarios del *naturalismo*. Ahora bien: lo principal de todo el *naturalismo* es la soberanía de la razón humana que, negando á la divina y eterna la obediencia debida, y declarándose á sí misma *sui juris*, se hace á sí propia sumo principio, y fuente, y juez de la verdad. Así también los sectarios del *Liberalismo*, de quienes hablamos, pretenden que en el ejercicio de la vida ninguna potestad divina hay á que obedecer, sino que cada una es ley para sí, de donde nace esa moral que llaman *independiente*, que, apartando á la voluntad, bajo pretexto de libertad, de la observancia de los preceptos divinos, suele conceder al hombre una licencia sin límites. Fácil es adivinar á dónde conduce todo esto, especialmente al hombre que vive en sociedad. Porque una vez establecida y persuadido que nadie tiene autoridad sobre el hombre, síguese no estar fuera de él y sobre él la causa eficiente de la comunión y sociedad civil, sino en la libre voluntad de los individuos, tener la potestad pública su primer origen en la multitud, y, además, como en cada uno la propia razón es único guía y norma de las acciones privadas, deber serlo también la de todos para todos, en lo tocante á las cosas públicas. De aquí que el poder sea proporcional al número, y la mayoría del pueblo sea la autora de todo derecho y obligación. Pero bien claramente resulta de lo dicho cuán repugnante sea todo esto á la razón: repugna en efecto sobremanera, no sólo á la naturaleza del hombre, sino á la de todas las cosas criadas, el querer que no intervenga vínculo alguno entre el hombre ó la Sociedad civil y Dios, Criador, y por tanto Legislador Supremo y universal, porque todo lo hecho tiene forzosamente algún lazo que lo una con la causa que lo hizo, y es cosa conveniente á todas las naturalezas, y aun pertenece á la perfección de cada una de ellas, el contenerse en el lugar y grado que pide el orden natural, esto es, que lo inferior se someta y deje gobernar por lo que le es superior. Es, además, esta doctrina perniciosísima, no menos á las naciones que á los particulares. Y, en efecto, dejado el juicio de lo bueno y verdadero á la razón humana sola y única, desaparece la distinción propia del bien y el mal; lo torpe y lo honesto no se diferenciarán en la realidad, sino según la opinión y juicio de cada uno; será lícito cuanto agrade, y, establecida una moral, sin fuerza, casi, para contener y calmar los perturbados movimientos del alma, quedará naturalmente abierta la puerta á toda corrupción. En cuanto á la cosa pública, la facultad de mandar se separa del verdadero y natural principio, de donde toma toda su virtud para obrar el bien común; y la ley, que establece lo que se ha de hacer y omitir, se deja al arbitrio de la multitud más numerosa, lo cual es una pendiente que conduce á la tiranía. Rechazado el señorío de Dios en el hombre y en la sociedad, es consiguiente que no haya públicamente religión alguna, y se seguirá la mayor incuria en todo lo que se refiera á la Religión. Y, asimismo, armada la multitud con la creencia de su propia soberanía, se precipitará fácilmente á promo-

ver turbulencias y sediciones; y, quitados los frenos del deber y de la conciencia, sólo quedará la fuerza, que nunca es bastante á contener, por sí sola, los apetitos de las muchedumbres. De lo cual es suficiente testimonio la casi diaria lucha contra los *socialistas* y otras turbas de sediciosos, que tan porfiadamente maquinan por conmover hasta en sus cimientos las naciones. Vean, pues, y decidan los que bien juzgan, si tales doctrinas sirven de provecho á la libertad verdadera y digna del hombre, ó sólo sirven para pervertirla y corromperla del todo.

Es cierto que no todos los fautores del *Liberalismo* asienten á estas opiniones, aterradoras por su misma monstruosidad, y que abiertamente repugnan á la verdad, y son causa evidente de gravísimos males; antes bien muchos de ellos, obligados por la fuerza de la verdad, confiesan sin avergonzarse, y aun muy de su grado afirman que la libertad degenera en vicio y aun en abierta licencia, cuando se usa de ella destempladamente, postergando la verdad y la justicia, y que debe ser, por tanto, regida y gobernada por la recta razón, y sujeta consiguientemente al derecho natural y á la eterna ley divina. Mas juzgando que no se ha de pasar más adelante, niegan que esta sujeción del hombre libre á las leyes, que Dios quiera imponerle, haya de hacerse por otra vía que la de la razón natural. Pero al decir esto, no son en manera alguna consecuentes consigo mismos. Porque si, como ellos admiten y nadie puede negar con derecho, se ha de obedecer á la voluntad de Dios legislador, por estar el hombre todo en la potestad de Dios, y tender á Dios, síguese que á esta potestad legislativa suya nadie puede ponerle límites ni modo, sin ir, por el mismo hecho, contra la obediencia debida. Y aun más, si el hombre llegara á arrogarse tanto que quisiera decretar cuáles y cuántas son sus propias obligaciones, cuáles y cuántos son los derechos de Dios, aparentará reverencia á las leyes divinas, pero no la tendrá de hecho, y su propio juicio prevalecerá sobre la autoridad y providencia de Dios. Es, pues, necesario que la norma constante y religiosa de nuestra vida se derive, no sólo de la ley eterna, sino también de todas y cada una de las demás leyes que, según su beneplácito, ha dado Dios, infinitamente sabio y poderoso, y que podemos seguramente conocer por señales claras é indubitables. Tanto más, cuanto que estas leyes, por tener el mismo principio y el mismo autor que la eterna, concuerdan del todo con la razón, perfeccionan el derecho natural, é incluyen el magisterio del mismo Dios, que, precisamente para que nuestro entendimiento y nuestra voluntad no caigan en error, rige á entrambos benignamente, guiándolos al mismo tiempo que les ordena. Quede, pues, santa é inviolablemente unido lo que ni puede ni debe separarse; y sírvase á Dios en todo, como la misma razón natural lo ordena, con toda sumisión y obediencia.

Algo más moderados son, pero no más consecuentes consigo mismos, los que dicen que, en efecto, se han de regir según las leyes divinas la vida y costumbres de los particulares, pero no las del Estado. Porque en las cosas públicas es permitido apartarse de los preceptos de Dios, y no tenerlos en cuenta al establecer las leyes. De donde sale aquella perniciosa consecuencia: que es necesario separar la Iglesia del Estado. — No es difícil conocer lo absurdo de todo esto: porque, como la misma naturaleza exige del Estado que proporcione á los ciudadanos medios y oportunidad con que vivir honestamente, esto es, según las leyes de Dios, ya que es Dios el principio de toda honestidad y justicia, repugna, ciertamente, por todo extremo, que sea lícito al Estado el descuidar del todo esas leyes, ó establecer la menor cosa que las contradiga. Además, los que gobiernan los pueblos son deudores á la sociedad, no sólo de procurarles con leyes sabias la prospe-

ridad y bienes exteriores, sino de mirar principalmente por los bienes del alma. Ahora bien: para incremento de estos bienes del alma, nada puede imaginarse más á propósito que estas leyes, de que es autor Dios mismo; y por esta causa los que en el gobierno del Estado no quieren tenerlas en cuenta, hacen que la potestad política se desvíe de su propio instituto y de las prescripciones de la naturaleza. Pero lo que más importa y Nós hemos más de una vez advertido, es, que aunque la potestad civil no mira próximamente al mismo fin que la religiosa, ni va por las mismas vías, con todo, al ejercer la autoridad, es fuerza que hayan de encontrarse, á veces, una con otra. Ambas tienen los mismos súbditos, y no es raro decretar una y otra acerca de lo mismo, bien que con motivos diversos. Llegado este caso, y siendo el chocar cosa necia y abiertamente opuesta á la voluntad sapientísima de Dios, es preciso algún modo y orden, con que apartadas las causas de porfías y rivalidades, haya conformidad en las cosas que han de hacerse. Con razón se ha comparado esta conformidad á la unión del alma con el cuerpo, igualmente provechosa á entrambos, cuya desunión, al contrario, es perniciosa, singularmente al cuerpo, que por ella pierden la vida.

Para que mejor se vea todo esto, bueno será considerar una por una esas varias conquistas de la libertad que se dicen logradas en nuestros tiempos. Sea la primera, considerada en los particulares, la que llaman *libertad de cultos*, en tan gran manera contraria á la virtud de la religión. Su fundamento es estar del todo en mano de cada uno el profesar la religión que más le acomode, ó el no profesar ninguna. Pero, muy al contrario, entre todas las obligaciones del hombre, la mayor y más santa es, sin sombra de duda, la que nos manda adorar á Dios pía y religiosamente. Dedúcese esto necesariamente de estar nosotros de continuo en poder de Dios, y ser por su voluntad y providencia gobernados, y tener en Él nuestro origen, y haber de tornar á Él. Alégase á esto, que no puede darse virtud verdadera sin religión. Porque la virtud moral es la que versa en las cosas que nos llevan á Dios como sumo y último bien del hombre; y por tanto, la religión, que *obra las cosas directas é inmediatamente ordenadas al honor divino*¹, es la primera y es la reguladora de todas las virtudes. Y si se indaga, ya que hay varias religiones disidentes entre sí, cuál ha de seguirse entre todas, responden á una la razón y la naturaleza: la que Dios haya mandado y puedan fácilmente conocer los hombres por ciertas notas exteriores con que quiso distinguirla la Divina Providencia para evitar un error, al cual, en cosa de tanta importancia, había de seguirse suma ruina. Así que, al ofrecer al hombre esta libertad de cultos, de que vamos hablando, se le da facultad para pervertir ó abandonar impune una obligación santísima, y tornarse, por lo tanto, al mal, volviendo la espalda al bien inmutable; lo cual, como hemos dicho, no es libertad, sino depravación de ella y servidumbre del alma envilecida bajo el pecado.

Considerada en el Estado la misma libertad, pide que éste no tribute á Dios culto alguno público, por no haber razón que lo justifique; que ningún culto sea preferido á los otros, y que todos ellos tengan igual derecho, sin respeto ninguno al pueblo, dado caso que éste haga profesión de católico. Para que todo esto fuera justo, habría de ser verdad que la sociedad civil no tiene para con Dios obligaciones algunas, ó que puede infringirlas impunemente; pero no es menos falso lo uno que lo otro. No puede, en efecto, dudarse que la sociedad establecida entre los hombres, ya se mire á sus partes, ya á su forma, que es la autoridad, ya á su causa, ya á la gran copia de utilidades que acarrea, existe por vo-

¹ S. Th., 2a. 2ae., q. lxxxii, a. 6.

luntad de Dios. Dios es quien crió al hombre para vivir en sociedad, y quien le puso entre sus semejantes para que las exigencias naturales, que él no pudiera satisfacer solo, las viera cumplidas en la sociedad. Así es que la sociedad, por serlo, ha de reconocer como padre y autor á Dios, y reverenciar y adorar su poder y su dominio. Veda, pues, la justicia, y védale también la razón, que el Estado sea ateo, ó, lo que viene á parar en el ateísmo, que se haya de igual modo con respecto á las varias que llaman religiones, y conceda á todas promiscuamente iguales derechos. Siendo, pues, necesario al Estado profesar una religión, ha de profesar la única verdadera, la cual sin dificultad se conoce, singularmente en los pueblos católicos, puesto que en ella aparecen como sellados los caracteres de la verdad. Esta religión es, pues, la que han de conservar los que gobiernan; ésta la que han de proteger si, quieren, como deben; atender con prudencia y útilmente á la comunidad de los ciudadanos. La autoridad pública está, en efecto, constituida para utilidad de sus súbditos; y aunque próximamente mira á proporcionarles la prosperidad de esta vida terrena, con todo, no debe disminuirles, sino aumentarles la facilidad de conseguir aquel sumo y último bien, en que está la sempiterna bienaventuranza del hombre, y á que no puede llegarse en descuidándose de la religión.

Pero ya otras veces hemos hablado de esto más largamente: ahora sólo queremos advertir que una libertad de este género es dañosísima á la libertad verdadera, tanto de los que gobiernan como de los gobernados. Á maravilla aprovecha, por el contrario, la religión; como que pone en Dios el origen de la potestad, y gravísimamente ordena á los príncipes no descuidar sus deberes, no mandar injusta ni acerbamente, gobernar á su pueblo con benignidad y casi con caridad paterna. Quiere que los ciudadanos estén sujetos á los gobernantes legítimos como á ministros de Dios, y los une á ellos, no solamente por medio de la obediencia, sino por el respeto y el amor, prohibiendo toda sedición y todo conato que pueda turbar el orden y tranquilidad pública, y que al cabo son causa de que se estreche con mayor freno la libertad de los ciudadanos. No hay que decir cuánto conduce la religión á las buenas costumbres, y éstas á la libertad; puesto que la razón demuestra y la historia confirma que, cuanto más morigeradas son las naciones, tanto más prevalecen en libertad, en riquezas y en poderío.

Volvamos ahora algún tanto la atención hacia la libertad de hablar y de imprimir cuanto place. Apenas es necesario negar el derecho á semejante libertad cuando se ejerce, no con alguna templanza, sino traspasando toda moderación y todo límite. El derecho es una facultad moral que, como hemos dicho y conviene repetir mucho, es absurdo suponer haya sido concedido por la naturaleza de igual modo á la verdad y al error, á la honestidad y á la torpeza. Hay derecho para propagar en la sociedad libre y prudentemente lo verdadero y lo honesto, para que se extienda al mayor número posible su beneficio; pero en cuanto á las opiniones falsas, pestilencia la más mortífera del entendimiento, y en cuanto á los vicios, que corrompen el alma y las costumbres, es justo que la pública autoridad los cohiba con diligencia para que no vayan cundiendo insensiblemente en daño de la misma sociedad. Y las maldades de los ingenios licenciosos, que redundan en opresión de la multitud ignorante, no han de ser menos reprimidas por la autoridad de las leyes que cualquiera injusticia cometida por fuerza contra los débiles. Tanto más, cuanto que la inmensa mayoría de los ciudadanos no puede de modo alguno, ó puede con suma dificultad, precaver esos engaños y artificios dialécticos, singularmente cuando halagan las pasiones. Si á todos es permitida esa licencia ilimi-

tada de hablar y escribir, nada será ya sagrado é inviolable; ni aun se perdonará á aquellos grandes principios naturales tan llenos de verdad, y que forman como el patrimonio común y juntamente nobilísimo del género humano. Oculta así la verdad en las tinieblas, casi sin sentirse, como muchas veces sucede, fácilmente se enseñoreará de las opiniones humanas el error pernicioso y múltiple. Con lo cual recibe tanta ventaja la licencia como detrimento la libertad, que será tanto mayor y más segura cuanto mayores fueren los frenos de la licencia. Por lo que dice respecto á las cosas opinables, dejadas por Dios á las disputas de los hombres, es permitido, sin que á ello se oponga la naturaleza, sentir lo que acomoda y libremente hablar de lo que se siente, porque esta libertad nunca induce al hombre á oprimir la verdad, sino muchas veces á investigarla y manifestarla.

(Concluirá.)

LA INDULGENCIA DE PORCIÚNCULA



AN á cumplirse 667 años (á contar desde el 1221), desde aquel memorable día en que nuestro adorable Salvador, apareciéndose á su fiel siervo Francisco de Asís, se dignó concederle aquella portentosa indulgencia, llamada de la Porciúncula, la cual desde sus primeros tiempos tuvo el singular privilegio de poner en devota conmoción al mundo católico, deseoso de participar de sus gracias.

Lo raro y excepcional de este acontecimiento es que en la dilatada sucesión de los siglos no se haya amortiguado la llama de la fe que su aparición encendió en los corazones de los hombres, y sólo el recio golpear de tantas revoluciones antirreligiosas pudo conseguir derribar, entre otros muchos, la mayor parte de los conventos franciscanos, ó por lo menos cerrar un buen número de sus iglesias, con lo que por fuerza hubo de disminuirse el concurso y aclamaciones de los pueblos hacia el Perdón de Asís, como generalmente le apellidan.

En un tiempo como el del siglo XIII, en que habida consideración á la braveza de las costumbres la Iglesia se mostraba tan parca en conceder indulgencias y usar de lenidad con los pecadores, la confirmación de la de Porciúncula constituye un hecho verdaderamente prodigioso. Y sube de punto la importancia de este suceso si se tiene en consideración, que en ninguna época acostumbraron los romanos Pontífices á conceder los jubileos sin la consiguiente carga del ayuno y de la limosna, de cuyo gravamen se halla totalmente exento éste de Porciúncula. No es, pues, de extrañar que los enemigos del catolicismo hayan pretendido atacar esta gracia, alegando que enerva la penitencia y lisonjea la molice y el regalo de los cristianos.

Pero declamen cuanto quieran los heraldos del error: lo que nosotros sabemos es, que San Francisco no pidió á Jesucristo, ni este Señor impuso otra obligación para ganar la indulgencia de Porciúncula más que la visita de la iglesia, ni exigió otra penitencia fuera de la del corazón; *verdaderamente contritos y confesados*. Aquel santo, modelo de caridad, que tan riguroso y austero se mostraba consigo mismo, cuanto compasivo y lleno de ternura para con los demás, como adalid y amador insigne de la santa pobreza, no pidió para su iglesia pobre limosnas y bienes temporales, sino gracias y dones de lo alto.

Tan universal y notoria era ya en aquel tiempo la santidad de Francisco, que el Papa Honorio III, á quien aquel había dado cuenta de la aparición del Salvador y de la merced que le otorgara, desvanecida la sombra de prevención que los Cardenales le

habían hecho concebir, sin vacilar le dió al instante entero crédito, aprobando la indulgencia *vivae vocis oraculo*, ya que Francisco no quiso aceptar la Bula que el Vicario de Dios le ofrecía; pareciéndole, y con razón, que siendo el Todopoderoso el autor de aquella concesión, á su providencia y no á la humana sabiduría le tocaba el darla á conocer. Por su parte, Martín IV, hablando de la indulgencia de Porciúncula con Fray Mateo de Aquasparta, que después llegó á Cardenal, le dijo estas palabras: «Con la fe que tengo en esta indulgencia, de parte de Dios Omnipotente y de los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, con la plenitud de mi potestad la confirmo de nuevo para siempre; y si quieres que esta concesión quede por instrumento público, manda en mi nombre que se extienda la Bula»¹. No la quiso aceptar el religioso por no atreverse á contrariar la voluntad del seráfico Padre; pero ello incluye un nuevo testimonio del afecto y devoción de los Papas á nuestra grande indulgencia.

Bonifacio VIII despachó nuncios suyos especiales para predicar las innumerables gracias contenidas en este jubileo. Clemente V, que publicó un reglamento contra el abuso de las indulgencias, declaró que semejantes medidas no hablaban con la de Porciúncula, la cual no quería que se alterase en lo más mínimo. Juan XXII formuló idéntica declaración. Bonifacio IX, Eugenio IV y otros Pontífices, descosos de enriquecer algunas iglesias del tesoro de la Iglesia, no hallaron cosa mejor que hacerlas participantes del privilegio de la Porciúncula. Sixto IV la hizo extensiva á todas las iglesias de las tres Ordenes de San Francisco, aunque limitada á los religiosos y religiosas y á sus domésticos. Inocencio VIII y León X confirmaron la anterior Bula de Sixto IV. Paulo V amplió este privilegio á todos los fieles de entrambos sexos. Y Gregorio XV, por su Bula *Splendor Paternae gloriae* de 4 de Julio de 1622, concedió que el indulto de Paulo V fuera perpetuo. En fin; Clemente VIII, Urbano VIII, Inocencio X, Clemente X é Inocencio XII, con ocasión del año santo, suspendieron todas las indulgencias menos la de Porciúncula.

En vista de la nombradía que repentinamente y por modo tan maravilloso alcanzó este Perdón, no se tendrá por exagerado el número de peregrinos que anualmente se reunían en Asís. Bernabé de Sena, contemporáneo de San Bernardino y escritor de su vida, asegura que en el año 1427, en que él mismo y su paisano San Bernardino se encontraban en Asís, las personas que vinieron de fuera á ganar la indulgencia llegaron á doscientas mil. Siglos enteros puede decirse que duraron estas espléndidas cuanto consoladoras manifestaciones del catolicismo, hasta que Paulo V, como hemos dicho antes, concedió á todos los fieles del universo que pudieran ganar aquel jubileo en las iglesias de toda la Orden de San Francisco, á semejanza de lo que se practicó en otro tiempo con el santo Vía Crucis, cuyas indulgencias fueron ampliadas á cualquiera parte del mundo donde estuvieren canónicamente erigidas las catorce Estaciones de la Vía Sacra.

Dos palabras para concluir. Ya que escribimos en Madrid, diremos que en esta coronada villa se puede ganar la indulgencia de Porciúncula por un derecho anejo á sus respectivas comunidades, en las iglesias de los cuatro monasterios de religiosas Franciscas, que son: la de las Descalzas Reales, en la plaza de su nombre; la de las Capuchinas, en la plaza de ídem; la de la Latina, en la calle de Toledo, y la de San Pascual, en el paseo de Recoletos.

Sin perjuicio de éstas, hay además otras iglesias donde se gana la dicha indulgencia por indulto obtenido de la Silla Apostólica, como sucede con la capilla de las Hermanas Terciarias, llamadas de la

¹ Crónicas de San Francisco, tom. I, lib. III, cap. 25.

Divina Pastora, calle de Sagunto, en Chamberí, y alguna otra que no conocemos bien. Pero hay que tener presente que estas iglesias indultadas no son como las de San Francisco, que pueden estar todo lo vecinas que se quiera; las que alcanzaron aquella gracia apostólica por no tenerla de derecho deben distar de toda otra iglesia que disfrute el privilegio de la Porciúncula veinte minutos, ó sean 1.661 metros en línea recta; distancia que de cierto no guardan todas, como nosotros nos hemos tomado la molestia de comprobar.

El que quisiere estar al tanto de estas y otras noticias relativas á la Porciúncula consulte nuestro opúsculo sobre la misma ¹.

FR. JOSÉ COLL.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

II

CON un peregrino é intencionado cuento da principio la Historia de Gil Blas de Santillana, como todos mis lectores saben, pues á bien seguro que la han leído; el de los dos estudiantes, que camino de Peñafiel á Salamanca, páranse sedientos á reposar junto á una fuente, descubriendo á flor de tierra una lápida con esta inscripción: «Aquí está enterrada el alma del licenciado Pedro García.» Burlóse uno de ellos de la ocurrencia, y siguió el camino; no así el otro, que más avisado, quiso averiguar el misterio, y dió con un bolso y cien ducados en él.

Quiso Le Sage, ó quien sea, que no es paternidad para discutirla ahora, dar á entender que no á la ligera deben ser leídas las obras, sino profundizándolas y desentrañando la utilidad que contengan, y que depoco ó nada sirve en el terreno real y en el metafórico el sér ó la institución que de alma carece.

¿Cuál es el alma de la Exposición Universal de Barcelona que estamos analizando? ¿A qué fines responde? ¿Cuál su programa? ¿De qué adelantos le será deudora la industria? ¿Qué alas viene á dar á la ciencia? ¿Qué empuje al comercio? ¿Cuál riesgo fecundante á la esquilma agricultura? ¿Es adorno ó rueda de engranaje? ¿Es capricho ó necesidad de los tiempos modernos? ¿Cuál su síntesis razonada?

En nuestro primer artículo, acerca del certamen internacional que á orillas del Mediterráneo se está celebrando, dijimos que «lo llamativo de la Exposición de Barcelona había pasado ya, no quedando para lo porvenir más que una de tantas Exposiciones, sin visible influencia en la industria, y desprovistas del aliciente de la novedad que la de 1851 y sucesivas tuvieron.» Un mes ha transcurrido; la hemos visitado de nuevo, ya casi terminada, y la verdad de nuestra profecía nos ha asombrado: poco menos que desiertas sus vastas salas, tan sólo acude el público á las horas en que pueda solazarse con espectáculos externos, como la fuente mágica, conciertos y fuegos artificiales; ninguna animación se nota en las calles de la capital del Principado, convócanse reuniones para *realzar* el certamen y atraer forasteros y háblase de cerrar edificios, que el temor de la insuficiencia de los albergues ordinarios obligó á levantar de nueva planta.

La explicación del fenómeno, aparte de la penuria que afecta á todas las clases sociales, es la de que la Exposición no tiene alma; los que la han imaginado ó dirigido, atentos sólo al cuerpo, han olvidado la idea, el alto fin que debe presidirle

todo, si se quiere alcanzar viabilidad y éxito feliz; y si bien resulta algo sintético y concentrado, como no puede menos de acontecer, del certamen hoy abierto en España, dicha resultante tiene en verdad poco de simpático, como vamos á ver.

Con intención previa ó sin ella, todas las Exposiciones habidas han dado de sí un objetivo, una característica que las define en la historia moderna.

La primera Exposición de Londres puso de manifiesto las diferencias entre las manufacturas de los diversos países, entonces que la dificultad en los viajes las hacía poco conocidas, además de la idea soberbia de encerrar dentro de transparente palacio la industria toda; testificó la segunda, celebrada en París, la supremacía y potencia del arte, interviniendo en los trabajos industriales; en la tercera, de nuevo en la ciudad del Támesis, se hizo patente la importancia de la reproducción y multiplicidad de objetos, causa de su baratura; en la de Filadelfia, los vigorosos productos del nuevo mundo y la utilidad de la maquinaria y de sus grandes aplicaciones; en la de Viena la lucha entre el consumo y la producción, pretendiendo aquél el abaratamiento por medio de sucesivas explotaciones de una misma materia, y en todas alguna enseñanza grande, algún salto colosal en la marcha de la industria, pasando poco menos que inadvertidas las que no lo han conseguido en una ú otra forma.

La nota dominante que resulta en la Exposición de Barcelona es el *anuncio*, y esto, á mi ver, es lo que la ha empobrecido; el anuncio, que nos sorprende y molesta en los telones de boca, que ha dado muerte al carnaval, que se nos mete por debajo de las puertas y nos distrae en los paseos, ocupando en nuestro cerebro un lugar quizá destinado á fecundadoras ideas, es el alma única de la Exposición que examinamos; sus promovedores no comprendieron que la época de los certámenes universales ha pasado ya; que no hay población grande que no sea en sí misma una Exposición permanente; que las diferencias industriales han ido borrándose por comparación y contacto, y que lo que ahora se necesita son Exposiciones parciales de una rama del saber ó de la industria que recojan los menores detalles ó señalen las deficiencias y la manera de llenar los vacíos que se manifiesten; las monografías industriales interesan tanto ó más que las monografías históricas.

Barcelona, en tal concepto, debía haber elegido un tema de utilidad inmediata, el algodón por ejemplo, y presentar en concurso análogo ó superior al celebrado en Londres en 1881, que tantas creces proporcionó á los que á sus variadas explotaciones se dedican: impónese en los modernos tiempos otra Exposición, la del aprovechamiento de residuos; hoy, que los escoriales arrojados á los valles se toman de nuevo y se someten á operaciones químicas, antes no sospechadas, y en que todo lo que antes se desperdiciaba es objeto de segunda y de tercera extracción; así haciéndolo, la Exposición de Barcelona hubiera dado, no ya una ventaja pecuniaria, que nunca se consigue por tales medios, económicamente ruinosos siempre, pero sí un paso más en el progreso material, que perpetuara su apertura por sus consecuencias y refluyera en bien del país que le dió origen.

Lejos de esto, la Exposición de Barcelona satisface á los ojos, pues es fuerza confesar que las instalaciones están por regla general primorosa y artísticamente dispuestas; en ellas desaparece el elemento para dar lugar á un conjunto casi diremos arquitectónico; pero si la vista halla recreación, la mente sale del recinto tan sabia como antes, si se exceptúa algunos nombres de expositores que ha aprendido y algunas cifras de los capitales á que ascienden las sociedades que al certamen se han presentado.

Entre las pruebas de nuestro aserto citaremos una, relacionada con la índole de este periódico: no concluida aún, pero en grado notable de avance, hállese una Iglesia que ha de constituir indudablemente una de las más notables instalaciones; no vaya á creerse que se trata de aminorada reproducción ni modelo, sino de un edificio románico, primoroso por dentro y regular por fuera, y tan capaz, que muchas capitales de provincia la aceptarían gustosos para destinarlo al culto en sustitución del que poseen.

Como quiera que á los pocos pasos se levanta la Iglesia de la Ciudadela, con su aplastado cimborrio y su bellissimo remate, hube de enterarme del fin á que la nueva construcción respondía, y supe que la casa constructora había quebrado y que las obras se continuaban por cuenta de los acreedores, el albañil, el carpintero, el vidriero-colorista, de todos, en una palabra, los que habían aportado, con los materiales, su trabajo mecánico, y que el objeto del edificio era ofrecer un centro donde exponer los objetos destinados al culto; total, una Iglesia anunciadora, altares alquilables, donde las casas que comercian en enseres religiosos puedan exponer y anunciar la mercancía, y hasta he oído decir si se consagrará al culto para aumento de propaganda.

Respetando ajenas opiniones, la nuestra es marcadamente opuesta á tales enlaces; confesamos que la capilla ó tienda nos causó cierto malestar; con todo, y con ser bellísima, nos vino á las mientes la idea de una profanación premeditada, y de que, si Jesús arrojó á los mercaderes del templo, quizá llegue el día, andando por este camino, en que tengan que echarse ciertos templos inclusive, por separarse de su primitivo y santificador propósito.

Tal es, en nuestro sentir, el defecto grave de la Exposición de Barcelona, y la causa principal de que no haya alcanzado la boga que sus iniciadores, y con ellos España entera, aguardaban; el mercantilismo en pequeño y el interés individual se han sobrepuesto á los grandes ideales, y en vano se esfuerza el visitante en sacar algún jugo de cuanto ve; excepto Cataluña, que está bastante bien representada, son muchas las naciones y comarcas deficientes, y mal podría formarse concepto de la industria de un país por lo que allí figura; las naciones, al concurrir oficialmente á un certamen de esta índole, no deberían favorecer tan sólo los envíos de los particulares, y establecer Comisaría receptoras de los productos; al propio tiempo, y con diligencia, interesa que remitan muestras de todo lo notable que se fabrique ó nazca en su suelo, sin dejarlo á la libre voluntad de los súbditos, que por causa cualesquiera, puedan no querer romper lanzas en los torneos de la Edad Moderna; así, vemos que el elemento oficial español está, en lo de su peculiar incumbencia, muy felizmente representado, y que el ramo de Guerra, con sus relieves de los sitios y campañas memorables, el de Montes con sus mapas forestales y muestras de maderas, y el de Obras Públicas, con sus modelos, fotografías y memorias de trabajos y proyectos, llaman grandemente la atención, y dejan que descansen el ánimo del asalto constante del anuncio que llega á poner nervioso en las otras cuadras de los vastos edificios y á posesionarse de la retina con obsesión pertinaz.

No es esto decir que la Exposición carezca de interés y sea pobre en detalles; en los artículos siguientes demostraremos que, aunque falta de una idea grande y saliente que la avalore, estudiándola aisladamente ofrece verdadero interés, además de la belleza en la presentación de productos, elemento no desprovisto de importancia en los tiempos modernos, y que hemos señalado como uno de sus más salientes caracteres.

MELCHOR DE PALAU.

¹ La 5.ª edición de este opúsculo, de 5.000 ejemplares, hecho dos meses há, se está agotando del todo: esperando que el día en que este escrito aparezca en las columnas de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, se habrá ya puesto á la venta la 6.ª edición, á 10 céntimos de peseta el ejemplar, en las librerías del Año y de Hernández, Paz, 6; y en la de Aguado, Pontejos, 8.



VISTA DEL MONASTERIO DE SANCTI SPIRITU, CUADRO DE JOSÉ VILAR, DIBUJO DE CABANELLAS.



LA RADA DE ALICANTE, CUADRO DE MONLEÓN, DIBUJO DE CABANELLAS.



VALENCIA. — LA TORRE DE SERRANOS, POR P. M. BERTRÁN.

ORACIÓN MATINAL DEL POBRE

I

Como tenue vapor que de un abismo
ignorado se eleva,
sale mi alma del hondo parasismo
del sueño á vida nueva.

Omnipotente Dios, causa infinita
de la naturaleza,
de nuevo para mí luce hoy escrita
con soles tu grandeza.

Bondad, Verdad, Principio no creado,
Bien á que el alma aspira,
mírame ante tu Sér anonadado,
mis pobres ansias mira.

Como en castillo armado, en mis sentidos
gritos oigo violentos;
duermo cual caminante entre bandidos
yo con mis pensamientos!

II

Un nuevo sol preparas al durmiente
que al despertar le alumbra,
y al que en Tí muere, un sol eterno, fuente
de toda dulcedumbre.

El mundo que sacaste de la nada
á la nada no vuelve;
la muerte, ya feliz, ya desgraciada,
en vida se resuelve.

Soy polvo, mas tus ojos soberanos
nada ven despreciable:
lo mismo que lo eterno, está en tus manos
lo breve y deleznable.

Tú la pequeña gota de rocío
haces del mundo espejo,
y haces del hombre el alma, Criador mío,
de tus dotes reflejo.

Das al ave el peñón, allí la anidas,
y al reptil el pantano;
lo mismo que del águila, Tú cuidas
del rastrero gusano.

¿Cómo no acallarás de nuestras almas
las ansias y las cuitas
Tú, cuando de la hormiga el hambre calmas,
y al campo la sed quitas?

III

Dame aliento, Señor! ya el torpe sueño
huyó de mis sentidos:
seguir quiero tu senda, Padre y Dueño,
con gozo ó con gemidos.

Pues sé, mi Dios, que es justo tus divinas
órdenes bendigamos
ya siembres ó de rosas ó de espinas
la tierra que pisamos.

Buscad mi Reino, has dicho, y la justicia,
y no perdáis la calma
por los bienes del mundo: — no codicia
las riquezas mi alma:

Con las potencias y los ojos fijos
en Cristo, tras Él voy:
y aunque no tengo pan para mis hijos,
aunque desnudo estoy,

despreciando el rigor de la fortuna,
y en el amor fiado
que al pobre demostró desde la cuna
tu Unigénito amado;

De ganar con sudores el sustento
el áspera tarea
con gozo emprenderé, y diré contento:
¡Que Dios bendito sea!

Y si á despecho de mi afán penoso
es vana mi vigilia,
y si á pesar de mi sudor copioso
tiene hambre mi familia,

la Caridad, de mano siempre abierta,
que santo amor abrasa,
la hermosa Caridad vendrá á mi puerta
y alegrará mi casa!

PEDRO DE MADRAZO.

NADA



ESTÁ usted bueno? — dice el Doctor al
presentarse.

— Bueno, ¿y usted? — contesta el pa-
ciente.

— Para servirle, aunque en verdad, no sé de qué
le puedo servir si goza de perfecta salud.

— ¡Gozar! ¡Ah, eso no!

— ¿Qué siente usted?

— Pues ese es el caso, que todo me es igual,
que yo no siento nada.

— ¿Padece usted de...?

— Ni siento ni padezco.

— ¡Sentirá usted horripilaciones en el dorso, acaso
de pensar...!

— No, señor; ni me horripilo ni pienso.

— ¿Tiene usted apetito?

— ¡Voraz!

— ¿Y sueño?

— ¡Tenaz!

— ¿Y humor?

— ¡Locuaz!

— ¿A ratos, tendrá usted sus ilusiones?

— ¡Perdidas, como Espronceda, perdidas!

— Hombre, ¡y se queja usted!

— ¿Y quién ha dicho á usted que yo me quejo?

— No encuentro síntoma ninguno.

— Eso nada prueba: ¡yo estoy malo!

— El pulso está natural. A ver la lengua.

— ¡Apta para todo!

— ¿Y el estómago?

— Funciona perfectamente. En esta semana he
tenido diez banquetes y he pronunciado veinte dis-
cursos.

— ¿Entonces, qué diablos consulta usted? ¿Al-
guna enfermedad moral?

— ¡Tontería! La moral me tiene á mí sin cuidado.
Mire usted, Doctor; usted no acaba de comprender
que yo padezco de cosa así, como de exceso de
salud.

— De falta dirá usted.

— Pues, de falta de enfermedad. Todo me entra
como me sale. No tengo alegría ni tristeza. Carezco
de emociones.

— ¡Magnífica máquina!

— Me hablan, escucho como quien oye llover ó
desafinar á una tiple y nada conservo en la memo-
ria, entiendo la aguja de marear y me hago el tonto,
como ciertos quebrados de la Bolsa, y si me piden
lo que tenga á voluntad, no suelto un céntimo. Me
dan un destino, le tomo. Me cae la lotería, ¡qué
me caiga! Leo en los papeles noticieros la caída
mortal de un albañil; la historia del suicidio diario;

la hazaña del asesino ó del parricida. Todo eso que
tanta bulla mete y que pasará á las 48 horas. Nada
me conmueve, ni me quita el apetito, ni altera mi
imperturbable idiosincrasia. ¿Hay ciclones? ¡Aire,
aire! ¿Tiros? ¡Viva España! ¿Se traga la tierra un
monte? Siento mucho no haber presenciado el ca-
taclismo. ¡Cómo me entusiasma la música de los
volcanes! ¡Un ojo hubiera dado yo por ver danzar
las cordilleras de Java!

— Al fin, se entusiasma usted.

— ¡Cá; no, señor; con nada! ¿Hay crisis? Veo
caer al gobierno, como cae la breva del árbol. Que
se quejan los pueblos: será de vicio. Que no pueden
aguantarse las contribuciones: que pague el que
quiera y el que no que deba. Que el sastre me envía
una cuenta: la examino. Que el casero me desahucia:
me corro á cualquier hotel. Que se incendia la casa
y el casero: voy á calentarme. Que me aluden ó me
insultan, yo no riño ni me bato más que á carcajadas.
Desafío á que me den el sablazo. ¿Hace un amigo
el amor á mi mujer? adelante. ¿Para qué es la filo-
sofía?

— Usted está enfermo de la cabeza.

— Al contrario: la vida de hoy está concentrada
en el cálculo y el pensamiento. En vivir á costa del
prójimo. En divertirse y gozar. Eso de los héroes y
los mártires, es cuento. El *Médico de su honra*, fué
un fantoche. ¿Ha visto usted plancha mayor que el
heroísmo? Cuando yo leo aquello de Numancia;
aquello del Cid que cortó una cabeza por una bofe-
tada, y aquella barbaridad de Guzmán *el bueno*...

— ¡Basta, basta!

— ¡Me río, hombre, me río! ¡Qué quiere usted!

— ¡Ah! ya dí con ella — exclamó el Doctor, dán-
dose una palmada en la frente ó sea la portezuela
del vehículo de la ciencia. — Ya he descubierto la
hilaza. No se alarme usted. Está tranquilo. Esa es la
enfermedad reinante. El estado patológico de la hu-
manidad. Usted padece como ella...

— Sepamos.

— Un enfriamiento. Inercia, insensibilidad; algo
que enerva, que postra; algo que no se sabe expli-
car y que se halla resumido en una frase...

— ¿Y á mí, qué?

— Justamente. En esa. Si sangráramos á la gene-
ración presente saldría, en vez de sangre, horchata
helada.

— ¡Qué rica!

— Esa sed es pura imaginación, que se esparce...

— ¡Cierto, cierto, en el vacío! Doctor, póngame
la mano en el lado del corazón... Ahora, en el lado
del bolsillo. ¿Qué encuentra usted?

— ¡Nada, nada!

F. MARTÍNEZ PEDROSA.

RETAZOS

EL LACONISMO



En una concisión que en la antigua Grecia ha-
bía tomado carta de naturaleza, se expre-
sa todavía con una palabra que es como
resumen histórico de aquel pueblo.

El país más sóbrio en el habla, era la Laconia, y
la palabra greco latina que lo hizo memorable es
laconismo.

De la discreción hicieron los espartanos una vir-
tud, cuya práctica fué venerada en toda la Grecia,
hasta el punto de haberse esculpido sobre el fron-
tispicio del templo de Delfos, la siguiente ins-
cripción:

«EL CASTIGO Ó EL ARREPENTIMIENTO
SIGUEN MUY DE CERCA Á LAS PALABRAS INÚTILES.»

Entre las cosas más notables que de la discreción
espartana se cuentan, las hay curiosas:

Presentóse antes los espartanos una diputación de Sama, cuyo presidente pronunció un larguísimo discurso, al cual contestaron aquéllos en estos términos:

— Hemos olvidado el principio de vuestro discurso, lo cual no impide comprender el fin.

Estando Zeuxis en un banquete á que asistieron unos embajadores extranjeros, no tomó parte alguna en la conversación; y habiéndole éstos preguntado lo que debían decir de su parte al rey, les contestó:

— Que habéis visto en Atenas, á un anciano que sabe callar antes, durante y después de la comida.

Al filósofo Cleanto, muy silencioso en una reunión de amigos, le preguntaron por qué callaba, siendo tan grato hablar entre compañeros.

— Por eso mismo, — contestó Cleanto, — para dejarles que disfruten de tan agradable placer.

Pero no fué sólo en Grecia donde existieron hombres y filósofos discretos.

De Guillermo III, rey de Inglaterra, se refiere el diálogo siguiente, habido con un general que deseaba conocer sus planes:

— ¿Guardaréis el más profundo secreto? — decía el rey.

— Lo juro, Señor.

— Pues bien: voy á probaros que yo lo voy á guardar mejor que vos.

Y nada le comunicó.

Muy necio debéis ser para no contestar, decían al Tasso en cierta ocasión,

— Os equivocáis, — respondió el gran poeta, — los necios no saben callar.

Decía Simónides, que de hablar se arrepienten muchos, pero de callar, nadie.

Parece que han debido cambiar bastante los tiempos, porque en el día no pasan las cosas como en el tiempo de Simónides, y los más callados son, generalmente, los menos medrados.

Hasta el médico Hipócrates dictó también su correspondiente aforismo, cuando dijo:

— El silencio no da sed ni causa dolores.

Entre los antiguos llegó el silencio á ser objeto de culto, y hasta tuvo sus asociaciones, entre ellas la célebre *Academia de los silenciosos*, establecida en Alejandría, y cuyos miembros sólo podían hablar por señas.

Los árabes y los persas aprecian también mucho el silencio, como se desprende de sus célebres aforismos:

— La palabra, es de plata; el silencio, de oro.

— Quien habla siembra: quien escucha cosecha.

El mayor elogio que los alemanes hacen de su gran general Moltke es decir que

— Sabe callar en siete lenguas.

Nosotros los españoles aseguramos que

— En boca cerrada no entran moscas.

Y que

— Al buen callar llaman Sancho.

Y cuando se dijo:

— El que calla, otorga.

Contestó Cervantes:

— El que calla, ni niega ni otorga, sino que calla.

Los romanos han transmitido la siguiente historia, sobre las leyes de Solón.

El Areópago de Atenas, al cual se habían dirigido los romanos pidiendo las citadas leyes, resolvió enviar á Roma un filósofo con el encargo de juzgar si los habitantes del Lacio, eran dignos y capaces de poseer este tesoro.

No pudo ser la resolución tan secreta que el Senado romano no lo conociera; y no sabiendo dónde encontrar otro filósofo que pudiera discutir con el griego, dispuso que un loco, cubierto con la vestidura de senador, recibiese al docto ateniense.

Previnieron á éste que el filósofo senador era un sabio, que practicaba la virtud del silencio, siendo necesario que la entrevista se verificase por señas.

Entró el ateniense levantando un dedo hasta cerca del ojo, como para decir que no hay más que un solo Dios.

Creyó el loco que le amenazaba con sacarle el ojo, y levantó tres dedos en ademán furibundo, lo cual para el filósofo griego significaba que Dios abraza el pasado, el presente y el porvenir.

Abrió entonces la mano como para expresar que nada hay oculto para el Sér Supremo.

¿Qué creyó el loco? Que le amenazaba con un bofetón y se vino hacia el ateniense con el puño cerrado.

Pensando el filósofo griego, que ese ademán significaba que Dios tiene á todo el universo en su mano, quedó admirado de la profunda sabiduría del senador, y entregó las leyes de Solón á los romanos, juzgándolos mucho más cultos y civilizados de lo que había supuesto.

De muy distinto modo refiere Tito-Livio cómo fueron adquiridas las leyes de Solón por tres senadores romanos que estuvieron en Atenas; la narración del historiador latino, parece la más conforme con la verdad.

LOS BUSMANES

Hay un pueblo del Mediodía de África, en el país de los hotentotes, llamado *Busmán* ó *Bosquemano*: los individuos de este pueblo, hombres y mujeres, tienen respectivamente un metro treinta centímetros, y un metro doce centímetros de estatura media: casi en todas las geografías y etnografías se les considera como hotentotes, siendo así que éstos son de una estatura alta y el busmán es un pigmeo, los unos muy activos y los otros muy indolentes.

El país busmán no es fácil encontrarle en los mapas, porque no lleva su nombre. En los lugares inhabitados, en los desiertos de poca extensión, en las montañas donde nace el Orange y en el desierto de Kalahari; en todos los puntos de la Hotentocia, que puebla el avestruz, allí se encuentra sin disputa el bosquemano.

Rara vez tiene el busmán choza dónde guarecerse, y nunca casa; generalmente se acurruca debajo de un peñasco, en una grieta ó en el hueco de un árbol. Si no encuentra esto, busca un árbol frondoso, entrelaza las ramas para que le eviten el sol y la lluvia, y abre un hoyo debajo de él, donde duerme con su familia. Algunos busmanes han conseguido, á fuerza de trabajo y paciencia, fabricar chozas con cañas que constituyen en aquel país, verdaderos palacios. El bocado más exquisito para su alimentación lo constituyen el huevo de avestruz y la langosta.

El busmán escoge en el bosque una vara á propósito, que con nervios de diferentes animales convierte en arco. Las flechas que usan son pequeños palos, que por un lado terminan en un hueso puntiagudo, y por el otro llevan plumas de avestruz, las cuales se enredan en el pelo, pues no usan carcaj. Para cazar el avestruz, con cuyas plumas comercia, se esconde en el nido y cuando vienen los padres, los mata á flechazos. ¿Cómo es — se dirá — que un animal tan grande como el avestruz, muere de un flechazo? La respuesta es sencilla: el busmán tira con flechas envenenadas, que producen la muerte casi instantáneamente; otras veces se suele cubrir con las plumas de un avestruz, y tiñéndose las piernas con cal, logra introducirse entre los avestruces y de esta manera darles muerte. También construye zanjás disimuladas con estacas debajo, para que el animal quede empalado, pero á pesar de su ingenio es imprevisor por naturaleza, y come sin acordarse del día de mañana, lo que le hace devorar, cuando no hay caza, hormigas, tortugas y raíces.

Los busmanes no tienen religión ninguna, ni á veces jefe alguno que los gobierne.

Son hombres minúsculos. Puede decirse átomos humanos, acaso los más temibles.

LA ABEJA

Vive en sociedad compuesta de muchos miles de individuos, que son de tres especies: *machos* ó *zánganos*, *hembras obreras* y *la Reina*.

La *Reina* es sola en cada sociedad, y encargada de la postura de los huevos; es más grande que las demás y tiene su correspondiente aguijón.

Los *machos* son más pequeños que la reina y en número de 500 á 1.000.

Las obreras son las más pequeñas de la sociedad, y su número á veces pasa de 20.000; son las que cuidan de los huevos y de las habitaciones, construyendo la vivienda. Entre ellas se reparte el trabajo, dedicándose unas al cuidado especial de las larvas, alimentándolas y educándolas según se van desarrollando (*nodrizas*), y otras á recolectar el néctar de las flores, que es el elemento de la miel y la cera (*viajeras*). La sociedad entera recibe el nombre de *enjambre* y el sitio de su vivienda colmena. Esta por lo general es un cilindro hueco, de corcho, que no tiene más que una abertura llamada piquera, situada en la parte inferior.

Las abejas obreras se dedican también á la fabricación del *panal*, que es la reunión de las casillas ó celdas de figura exagonal con el fondo piramidal, formado por tres rombos, que cierran la celda por este lado; los panales están formados por dos series de celdas y contruidos con la sustancia llamada *cera*, que es elaboración de las mismas abejas.

Se sabe que la abeja extrae de los nectarios de las flores la sustancia azucarada que introduce en su *buche*, donde es elaborada la miel, que después deposita en las celdillas del panal.

La reina sale de la colmena seguida de muchos zánganos, y ella elige uno y vuelve á la colmena: entonces las obreras con sus aguijones matan á los machos que de nada sirven. La Reina examina las celdillas, y en cada una de estas deposita un huevo, y desde que ha empezado la puesta es objeto del mayor cuidado por parte de las obreras. A los tres días de puestos los huevos, en número de 12.000 á veces, nace la larva y encuentra ya en la celda el alimento conveniente, adquiriendo en pocos días su completo desarrollo. Se ha observado una particularidad en la postura de los huevos y es: que la Reina deposita en las celdas mayores los huevos de donde han de salir hembras fecundas, en las de tamaño mediano los que han de producir machos, y en las más pequeñas los que han de convertirse en abejas estériles ó obreras. Esto ha hecho creer que la Reina puede, á voluntad, hacer que sus crías sean machos ó hembras.

Las abejas tienen en el abdomen un aparato venenoso que termina en el aguijón. Este sale al exterior y es dirigido á voluntad del insecto. Para picar, lo introduce en el cuerpo de su víctima; contrae los músculos de la base, y deja escapar el líquido que queda en la herida con el aguijón, pues éste tiene unos dientes que impiden su retirada.

Al esfuerzo de huida se desgarran el vientre de la abeja, y muere al poco tiempo.

¡Si todos los aguijones que se clavan en sociedad acabaran lo mismo!

LA FOTOLITOGRAFÍA

Nombre muchas veces aplicado para trabajos producidos por el sistema fotomecánico, sin que se tenga idea, aunque incompleta, de los principios en que está basado. Las explicaciones de los manuales suelen ser científicas y demasiado profundas, para el que sólo posee conocimientos generales sobre las distintas manipulaciones empleadas en la producción de retratos fotolitográficos.

Cuando se exige extenso número de copias fotográficas de paisaje ó retrato, hace el fotógrafo un negativo sobre papel preparado. En éste aparecen

las partes oscuras del original transparentes, mientras que las blancas ó claras son opacas.

El negativo se coloca encima de un papel preparado y se expone á la luz. Las partes del papel que están cubiertas con las opacas del negativo se conservan blancas, mientras aquéllas por donde puede penetrar la luz se tiñen de obscuro. Con esta operación se obtiene un retrato positivo, igual al original. El objeto de la fotolitografía es hacer sobre la piedra de este retrato una estampación negativa con tinta grasa, ó sea al revés, y de la cual se obtienen luego las copias positivas.

Para conseguir esto, se prepara el papel destinado á recibir el negativo de la siguiente manera:

Al papel blanco satinado, se le da con una solución de gelatina, á la cual se habrá agregado un poco de bicromato de potasa. Seca esta gelatina, es muy sensible á los efectos de la claridad; debajo del papel se coloca el negativo y se expone todo á la luz, que sólo penetra por las partes claras del negativo.

El retrato positivo de gelatina obtenido, se cubre completamente con tinta litográfica y se introduce en agua caliente; se pasa con cuidado un pincel ó una esponja por encima. Al limpiar de esta manera, se lava la tinta de aquellas partes por donde no pudo penetrar la luz. El papel con el retrato positivo en tinta grasa, se traspasa sobre la piedra, de la manera conocida en la litografía.

G. DE R.

ASOCIACIONES BENÉFICAS

EL SOCIO PERFECTO DE SAN VICENTE DE PAÚL¹



SEÑORES Presidentes y amadísimos consocios en Cristo nuestro bien: Corriamos el santo tiempo de Cuaresma recientemente terminado; agitábanse en mi mente pensamientos graves y sombríos; afectos de recogimiento y devoción palpitaban en mi pecho, é impulsado por estos dos grandes móviles penetré en la casa del Señor. Doblé las rodillas en el rincón más oculto y desde la cátedra del Espíritu Santo llegaron á mi oído palabras inspiradas, de esas con que el mismo Dios, por medio del sacerdote, ilumina inteligencias y roba corazones. «Para salvaros, decía el predicador, preciso es que estéis siempre prontos á cumplir vuestros deberes para con Dios con corazón de hijo; vuestros deberes para con el prójimo con corazón de madre, y vuestros deberes para con vosotros mismos con corazón de juez.» Hermosa figura retórica que habla á la imaginación, á la vez que á la inteligencia, y que entraña hondo sentido moral y antropológico.

Desde entonces muchas veces recuerdo la imagen y pienso en ese triple corazón que debe abrigar el pecho del cristiano, y ahora que, sin yo quererlo ni aun soñarlo, por santa obediencia me veo constreñido á dirigiros cuatro palabras, se me ocurre aprovechar aquel pensamiento, con pequeñas variantes, para proposición de este conato de discurso.

Efectivamente: entiendo que para ser socio perfecto de San Vicente de Paúl se necesita triple corazón; ó sea, es preciso tener corazón de hijo para con las Conferencias, corazón de madre para con los pobres y corazón de juez para consigo mismo.

No hay amor tan puro, tan intenso, ni tan devoto como el que todo hijo bien nacido profesa á su madre, si se exceptúa el amor que las madres tienen á sus hijos; amor de los amores que para ser grande en todo, suele serlo también hasta en sus exageraciones y extravíos. El buen hijo ama á su madre tan instintivamente que con semejante amor son incompatibles las veleidades y segundas intenciones. Es un amor cuyo cristalino ambiente no empaña el más sutil hálito de impureza; un amor tan grande, que encuentra pequeños los sacrificios todos que el hijo se ve precisado á inmolar en el altar materno;

un amor tan permanente que dura más aún que la vida de la persona amada y no padece eclipses, ni exaltaciones, ni enfriamientos, siempre igual y el mismo, como llama inextingible que de día y de noche arde en el corazón que ama, como chorro de agua viva que brota perenne del peñasco; un amor tan rendido que carece de voluntad propia y se somete gustoso, no solamente á los preceptos y consejos, sino también á los caprichos de la madre amada; un amor, en fin, tan desinteresado y generoso, que está siempre dispuesto á darle todo sin esperar ni recibir nada. Semejante amor únicamente anida en el corazón de los buenos hijos, y este corazón debe tener y aquel amor debe profesar, en mi sentir, á las Conferencias, el buen socio de San Vicente de Paúl.

En efecto; el corazón de hijo haría que nos aficiásemos á la Sociedad de San Vicente de Paúl en general y á la Conferencia de cada uno especialmente con verdadero y filial afecto, como se aficióna el hijo á su madre. Y una vez implantada esta afición en nuestro pecho, nada más fácil y dulce que el cumplimiento de los deberes que nuestra Sociedad impone á sus afiliados. Todos pertenecemos á otras sociedades, algunas de ellas caritativas y benéficas también, otras de propaganda religiosa; vivimos en el mundo rodeados de ocupaciones continuas y de distracciones frecuentes; nuestro bolsillo ha de estar siempre abierto para las infinitas obras buenas que diariamente se instituyen y sostienen reducido número de personas piadosas, siempre las mismas, y todo esto y mucho más produce en nuestro ánimo hacia la Conferencia cansancio, indiferencia, desvío, frialdad, tacañería, ó, cuando menos, olvido. Pero decidme: ¿Sería esto posible si tratásemos á nuestra Conferencia con corazón filial, esto es, como el buen hijo trata á su madre? Conozco algunos hijos, ya casados y relativamente de edad, que diariamente visitan á su madre. ¿Y no podremos visitar nosotros una vez cada semana, nada más, á nuestra Conferencia? Las muchas ocupaciones, las juntas frecuentes, las horas encontradas, las comidas á la francesa ó á la rusa, el tener que acompañar á la mujer, hija ó hermana, todo esto y mucho más que vosotros sabéis lo mismo que yo, son excusas de mal pagador y pretextos ingeniosos que no utilizaríamos nunca para sincerarnos de no haber visitado á nuestra madre. Y ciertamente no merecen las Conferencias comportamiento de madrastras, porque la visita semanal que les hacemos no puede ser de más confianza ni más rápida. Desterradas están de estas fraternales reuniones la etiqueta y ceremonias: no hay que vestirse, ni que elegir hora, ni que gastar tarjetas, ni que hacer antesala. Las preces, la lectura, el reparto de bonos, la colecta, y en 15 ó 20 minutos cuando más, hemos concluido. Supongamos que la Conferencia está en déficit, ¿qué hijo generoso no se apresura á llenar el bolsillo vacío de su madre? ¿Quién, por último, no se complace igualmente estrechando la mano de sus hermanos, que se congregan en el hogar materno? El corazón de hijo resuelve, pues, todos los problemas y regula perfectamente las relaciones todas del socio de San Vicente de Paúl para con las Conferencias.

Pero esto no basta: necesitamos además corazón de madre para con los pobres. Tan sublime es el amor materno que se asemeja al amor de Cristo con el hombre. Produjo éste el cruento sacrificio del Calvario, y no hay madre alguna, por desnaturalizada que sea, que no se sacrifique gustosa por sus hijos. Corazón de madre, ó sea, amor de sacrificio necesita, pues, el socio de San Vicente de Paúl para con sus pobres. Visitarlos, solo ó acompañado, según cuadra mejor, de prisa y corriendo, muchas veces sin sentarse, y obligándoles algunas á bajar por los bonos á la calle, ó dejándoles otras, cuando no están en casa, al primer vecino con quien se tropieza; limitarse al socorro material, prescindiendo de la limosna moral; abandonarlos en sus enfermedades y aflicciones á sus propios recursos, y no compartir con los pobres sus alegrías y penas, es ejercer maquinalmente el oficio paulino, sin haberse penetrado de aquel espíritu de caridad que informa las obras todas, de nuestro Santo Patrono. Yo admiro, en cambio, á esos socios que con entrañas verdaderamente maternas, escogen la hora más á propósito para encontrar congregada á la familia entera de sus pobres; que vuelven las veces necesarias para conocer y tratar á todos ellos; que entran en la sucia vivienda como el rayo de sol en la habitación obscura, llenando de consuelo á los mayores y de regocijo á los pequeñuelos; que sin afectación se descubren al poner el pie en el palacio de los

aristócratas de Cristo; que se sientan sobre lo primero que se presenta, silla, baúl ó catre, sucio ó limpio, tapizado ó desnudo; que se dejan manosear, acariciar y hasta besar por rapazueros andrajosos, desgarrados, melenudos y reñidos con el agua y con el peine; que conversan largamente con padres é hijos, enterándose de las necesidades materiales y morales de aquéllos, enseñando la doctrina á éstos y ayudando hasta donde es posible á todos; que gestionan después por la ciudad los negocios de sus pobres con más actividad é interés que los negocios propios, y que los tratan, en suma, con verdadero corazón de madre.

¡Ah! ¡Cuántas escenas ejemplares presencio con frecuencia entre vosotros! ¡Qué lecciones tan elocuentes admiro á lo mejor, en vuestros relatos! Muchos de los que me escuchan se acordarán de aquel pobre médico paralítico, socorrido años ha por nuestras Conferencias y que tanto edificó á esta ciudad, como pocas piadosa, como ninguna impresionable. La pareja que le visitaba, iba todos los domingos á su casa, lo vestía con la decencia posible, lo sentaba después en un sillón de ruedas y empujando el sillón por esas calles y plazas los mismos socios de San Vicente de Paúl conducíanle á la iglesia, en donde los tres oían misa, confesaban y comulgaban en santa fraternidad; trasladándose después á los paseos próximos, le regalaban el desayuno ó almuerzo, convenientemente preparado al efecto; tenían con el pobre paralítico largas y edificantes conversaciones, le paseaban á ratos y regresaban á su domicilio, despidiéndose del pobre, afortunado en medio de su infortunio grande, hasta el domingo siguiente, que se repetía escena tan conmovedora. ¿Hubiera hecho más y mejor por aquel paralítico, su misma madre? Corazón verdaderamente maternal, amor de sacrificio, encendida caridad cristiana tenían para con sus pobres aquellos consocios nuestros, que á todos propongo por modelo.

¿No habéis leído en el *Boletín* de nuestra Sociedad hechos análogos puestos en práctica por socios de otras Conferencias españolas? Recordad, pues, conmigo los dos siguientes:

Subía cierto compañero nuestro por escalera tan alta como angosta á visitar á una pobre que habitaba la buhardilla de la casa. Por dicha mujer supo que había muerto el vecino del piso inferior, dejando en la mayor miseria á su viuda y varios niños. Los sepultureros, llegados en aquel momento mismo por el cadáver, no pudiendo subir las parihuelas al cuarto del difunto, exigían con imprecaciones y gritos á la viuda infeliz que ella misma bajase á la puerta de la calle el cadáver de su marido. Nuestro consocio, que advirtió el escándalo, apresuró su visita y sin manifestar á nadie su caritativo propósito, penetró en el cuarto del muerto, cargó con el cadáver, lo bajó y depositó respetuosamente en las parihuelas y desapareció al punto, dejando estupefactos á los enterradores, de corazón de hiena.

Socorrían las Conferencias á cierto pobre en peligro de muerte, víctima de enfermedad cruel é incurable. Uno de nuestros consocios le velaba de noche, prodigándole toda clase de asistencia y de consuelos. El enfermo, á pesar de tales pruebas de caridad, continuaba frío y reservado; pero viendo próximo su fin, dijo á su enfermero heroico:

— Si usted supiera quien soy yo, no me manifestaría tanto cariño.

Promoviéronse entonces un verdadero pugilato entre la caridad y el agradecimiento, que terminó con la siguiente confesión del moribundo:

— Para mayor castigo mío preciso es que sepa Vd. de mi propia boca, que soy el asesino de su padre.

— Tranquílcese usted, hermano,—contestó nuestro consocio— lo que usted me dice lo sabía yo antes de venir á visitarlo.

Únicamente la caridad de sacrificio, sólo el *corazón de madre* puede poner en práctica tales maravillas.

Por último, el socio perfecto de San Vicente de Paúl ha de tener para consigo mismo corazón de juez, pero de juez recto, inflexible en el cumplimiento de su deber y justiciero hasta el punto de que al juzgarse á sí mismo se olvide por completo de la misericordia. Corazones de este temple necesitamos para apreciar con rectitud nuestros propios actos, pues el excesivo amor propio por una parte aumenta tanto nuestra vista, que sin antejo alguno y á gran distancia divisamos perfectamente la paja en el ojo ajeno, y nos ciega por otra, de manera que teniendo la delante, no vemos la viga en el ojo propio. El hijo legítimo de San Vicente de Paúl es todo caridad, todo amor para con el prójimo, y todo severi-

¹ Fue leído este discurso en una reunión general de las Conferencias de San Vicente de Paúl, celebrada hace poco en cierta capital de provincia, por un socio que, conformándose con el espíritu de dicha Sociedad caritativa, oculta su nombre.

dad, todo justicia para consigo mismo. Ciertos hombres que por la misericordia divina, hicieron profesión teórica y práctica de catolicismo, voluntaria y gozosamente se han impuesto á sí mismos tan estrecho código que de buena fe y hasta por natural reacción, aunque seglares, considéranse autorizados para ejercer el magisterio docente y á impulsos de santo pero exagerado celo, reparten patentes de honradez, de virtud y hasta de catolicismo; censuran acremente la conducta de sus prójimos, encariñándose con la murmuración, que por compensación sin duda es el pecado de los buenos; alardean de ser los mejores, regateando hasta lo menos malo á los demás, y no parece sino que van repitiendo por calles y plazas aquel pareado:

Nosotros solos somos los buenos;
Nosotros solos, ni más ni menos.

¿Cuán distintos sois vosotros, consocios muy queridos, verdaderos hijos del Apóstol de la Caridad! Tomando por modelo al humilísimo Vicente, tendéis amorosamente los brazos de vuestra Sociedad á cuantos, sin excepción de personas ni de colores, se precian de verdaderos discípulos de Cristo y aspiran al honor insigne de visitar y socorrer en su propio domicilio á los pobres. Distribuí los frutos ópmos de la caridad, á manos llenas y reserváis para vosotros solos los rigores de la justicia.

Efectivamente; el socio perfecto de San Vicente de Paúl, instruye su propio proceso y castiga sus faltas reglamentarias, como condena el juez al delincuente.

¿Por qué falté yo la semana anterior á mi Conferencia? Porque en el camino encontré un conocido, hombre de mundo, y el maldito respeto humano, algo así como vergüenza de que me llamase cristiano ó neo, me impulsó á callar la verdad y á torcer la dirección de mis pasos. En castigo de mi flaqueza prometo decirle que soy paúl y hasta conquistarle para los pobres.

¿No es vergonzoso que deposite en la bolsa, cantidad menor al importe de los bonos que entrego después muy ufano, á las familias socorridas? Esto es vestirse con plumas ajenas, dar limosna con dinero de otro. En castigo de mi falta, valuaré los bonos que reparto y depositaré en la bolsa, doble de lo que cuestan.

¿Qué excusa tiene mi conducta durante el verano? Me marché á viajar y á divertirme y ahí queda mi Conferencia sin mi cooperación personal y sin mi colecta. En castigo, durante el verano próximo, aumentaré la cuota ordinaria y encargaré á cualquiera de los socios permanentes que todas las semanas excuse mi asistencia y ponga mi limosna.

¿Es ni siquiera serio que pertenezca yo como socio activo á las Conferencias y asista un par de veces al año? Al vado, pues, ó á la puente: iré sin faltar una semana, ó pasaré á la categoría de socio suscriptor.

¿Cómo quiero ganar la indulgencia plenaria sin asistir á las Comuniones?

¿No engaño á los que me ven por la tarde en la Junta general, haciéndoles creer que he asistido igualmente al Banquete Eucarístico de la mañana?

¿Por qué me ha de ser tan simpática aquella familia hasta el punto de obtener para ella todo cuanto pide, y tan antipática aquella otra, de la cual estoy siempre murmurando?

¿Cabe dentro del espíritu de nuestra Sociedad, que yo remita los bonos á los pobres con mi criado?

¿Está bien que los visite en coche, aunque lo deje en la esquina próxima?

¿Qué dirán los menesterosos cuando adviertan mi repugnancia á sentarme entre sus andrajos?

¿Los edifico con mi conducta?

Tales preguntas y mil más se dirige á sí mismo al hacer examen particular el socio perfecto de San Vicente de Paúl, y si resulta probada la falta la castiga con corazón de juez inmediatamente.

Triple corazón necesitamos por consiguiente, para el cumplimiento de nuestro deberes como miembros de la Sociedad de San Vicente de Paúl: corazón de hijo para con las Conferencias, corazón de madre para con los pobres, y corazón de juez para con nosotros mismos.

No quiero decir con esto que nuestra querida Sociedad necesite reformas, ni decaiga por falta de amorosa savia. Gracias á Dios, el árbol hermosísimo de las Conferencias, arraiga hasta en los terrenos más refractarios á la acción de la caridad; se cría robusto y lozano, cobija bajo su benéfica sombra á personas de toda condición social y produce frutos sazonados y variadísimos, tales como el socorro ma-

terial y moral á domicilio de los pobres, la rehabilitación de uniones ilícitas, las bibliotecas populares, la asistencia á pobres vergonzantes, los roperos para indigentes, la manutención de niños desamparados, el cuidado de los enfermos, los asilos para huérfanos, los hospicios de enfermos incurables, las cocinas económicas, los patronatos de aprendices, las escuelas de instrucción primaria, los círculos industriales, las obras catequísticas, la adoración nocturna, la visita semanal al Santísimo Sacramento, los retiros piadosos ó ejercicios espirituales, la obra de las sillas, la distribución de libritos y obras de propaganda, etc., etc.

Baste recordar que tan hermosa institución, nació en 1833 de una Conferencia literaria que siete estudiantes celebraban en París, instalándola en la capital de España el 11 de Noviembre de 1849, tres católicos fervientes, á saber: D. Santiago Masarnau, el pintor Madrazo y el director del Observatorio astronómico, Sr. Aguilar. Pues bien: cuando el gobierno revolucionario decretó la disolución de nuestra Sociedad en Octubre de 1868, componíase de 694 Conferencias con 45 Consejos particulares, 4 centrales y 1 superior, 2.215 socios de honor, 9.916 activos, 765 aspirantes, 2.208 honorarios, 3.003 suscriptores, 1.500 bienhechores, 14.409 familias adoptadas, 7.777 niños y 771 adultos patrocinados, 2.039 pobres instruidos en gran número de escuelas gratuitas, 398 matrimonios regularizados y 159 niños legitimados solamente en el año 1867, servicio de vestuario, visita á los hospitales y cárceles, cocinas económicas que distribuyeron sólo en Igualada 61.626 raciones en un año, y un gasto total en socorros anuales de más de un millón de pesetas. El huracán revolucionario desvaneció de un soplo tantos socorros y beneficios; pero la católica España, apenas soplaron de nuevo vientos favorables, avivó las cenizas apagadas produciendo nueva hoguera de caridad que va en aumento, como lo prueban los siguientes números. Durante el año de 1886 fundáronse en España 19 Conferencias nuevas y el Consejo particular de Alcañiz; en los ingresos hubo un aumento de 82.444 pesetas, y en el personal de 760 socios activos y 231 honorarios; regularizáronse 551 matrimonios; se legitimaron 258 niños; se patrocinó á 362 aprendices; y asistieron por último á nuestras escuelas, 3.753 niños y 1.963 adultos. Mucho más podemos hacer y haremos con el divino auxilio; pero la católica España, respecto á obras de caridad, no tiene por qué bajar la cabeza ante nación alguna del mundo.

Estado tan consolador como floreciente, fué reconocido por el augusto Pontífice, que ocupa la Sede de San Pedro, el día 4 de Febrero último al recibir en audiencia especial, solemne y pública al Consejo general de París, y á los representantes de los Consejos particulares y Conferencias todas congregadas en la Sala Ducal del Vaticano. Contestando al mensaje del Presidente general, dijo entre otras cosas León XIII:

«Sabemos cuán prósperas viven en todas partes vuestras Conferencias, en cuya prosperidad nos place ver un hecho providencial. Con efecto, en nuestra época, más quizá que en ninguna otra, la sociedad que está enferma necesita ser aliviada por las obras de caridad. La caridad es el carácter propio y distintivo de los verdaderos discípulos de Jesucristo. Por eso nuestros enemigos, cuyo principal propósito se dirige hoy á desecristianizar á los pueblos, ingéniense de mil maneras para alterar en los espíritus la idea y el concepto de esta virtud y tratan con insidiosa falacia, de sustituir la verdadera caridad cristiana por una caridad falsa y mentirosa.

«A tan audaz y funesta tentativa conviene, hijos queridísimos, y es indispensable, que opongáis una resistencia enérgica, dando á vuestras obras de caridad extensión cada vez mayor, usando de santa industria para que su acción sea más penetrante y persuasiva; extendiendo la saludable influencia de la caridad á los hombres de todas las clases, y aplicándola como el remedio más eficaz á todas las dolencias y necesidades sociales. Y todo esto debéis hacerlo confiando absolutamente en la fuerza divina de esta virtud que sabe triunfar de las más obstinadas resistencias y domar las más rebeldes voluntades.»

Los consejos del Romano Pontífice son órdenes para nosotros y la conveniencia de ponerlos en práctica, está garantida por Jesucristo Nuestro Señor, que se ha dignado elogiar, bendecir y conceder gracias espirituales numerosas á nuestra Sociedad y sus obras todas por medio de su Vicario. — He concluido. — UN SOCIO DE LAS CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAÚL.

CRÓNICA

Días ha que se halla en Madrid nuestro venerable Prelado, después de verificar la Visita Pastoral, en que ha administrado el Santo Sacramento de la Confirmación en 73 parroquias, acompañado del Sr. Torres Asensio, Canónigo Lectoral, Secretario de la Visita, y Ortiz, familiar del Sr. Obispo. Los Presbíteros Sres. Guijarro y Olmeda han confesado y predicado en los pueblos, como preparación para la Visita. Los Sres. Arciprestes de Torrelaguna y Colmenar Viejo, y demás Curas Párrocos, contribuyeron á hacer menos penoso el tránsito de unos pueblos á otros.

Calcúlase en 25.000 el número de fieles que han recibido el Sacramento de la Confirmación, y el de la Penitencia unos 16.000.

En medio de este satisfactorio resultado de la Visita, nuestro Prelado lamenta el estado ruinoso y desatendido en que ha encontrado muchas iglesias, y la falta de cumplimiento de las cargas espirituales procedentes de fundaciones piadosas.

— La Comisión nombrada por el Papa para que distribuya los objetos de la Exposición del Vaticano, se propone que el reparto se haga de esta manera: las sustancias alimenticias se darán á los establecimientos benéficos; ropas y vestidos, á las instituciones, colegios y comunidades pobres; objetos escolares, á las escuelas pobres de Roma, y sagrados á todas las Catedrales del orbe cristiano; colecciones de mineralogía, botánica, zoología y etnografía, pasarán á formar un museo; y por último, los impresos, libros y grabados, formarán una biblioteca especial.

— En una carta de Roma se lee lo siguiente:

«No creo sea tan próximo como anuncia la prensa inglesa el nombramiento de Monseñor Galimberti para la Secretaría de Estado de la Santa Sede mientras el estado de su salud permita al Cardenal Rampolla continuar los grandes servicios que presta á León XIII. Su Santidad, que tiene igual estimación al Nuncio en Viena que al que lo fué en España, no se privará de la importante cooperación de éste. Si mañana abandonase el Vaticano, no me extrañaría fuese destinado á la importante Prefectura de Propaganda Fide. Pero todo esto son cosas lejanas, y prueba de la atención constante que el Cardenal Secretario de Estado dedica á las altas cuestiones político-religiosas es la notable circular que recientemente ha dirigido á los Nuncios acreditados cerca de las Potencias, exponiendo la situación creada á la Santa Sede por el nuevo Código Penal italiano, perpetua amenaza sobre el Episcopado y el Sacerdocio católico, y por las demostraciones secretarias durante varios días reproducidas en la Ciudad Eterna, con ocasión del resultado de la lucha municipal.»

— En Moguer (Huelva) ha trocado esta vida por las venturas eternas, Fray Ildefonso Joaquín Infante, Obispo dimisionario de Tenerife.

En Alicante ha fallecido la Sra. Doña Benita Lloret y Guijarro, hija del heroico coronel Don Francisco Lloret, que en la primera guerra civil fué fusilado por mantenerse fiel á la causa de la Reina, y hermana de otro coronel, D. Eulogio Lloret, tan leal como su padre, que perteneció al cuerpo de Inválidos, de resultas de las heridas recibidas en las tristes jornadas de 1848. Era la finada modelo de virtudes y piedad, que Dios habrá premiado ya.

— El P. Coll, nuestro colaborador, ha puesto á la venta, en las principales librerías católicas, al precio de 10 céntimos, el cuaderno titulado *La Indulgencia de Porciúncula*, sexta edición, que recomendamos á nuestros lectores por el interés que encierra para los fieles que se propongan ganar la Indulgencia plenaria.

— Notables son los progresos del catolicismo en el Norte de Europa, Dinamarca, Suecia y Noruega, según las relaciones hechas por los respectivos Prefectos apostólicos que se hallan aún en Roma.

— Ha salido á luz por vez primera el periódico titulado *Lucero de la paciencia, en escritura y lengua española para los Israelitas de rito Español del Oriente*.

Es publicación curiosa y estimable para los españoles, porque denota el cariño con que los descendientes de los hebreos arrojados de España cultivan nuestra lengua, y pone de manifiesto el respeto y amor que sienten por su antigua patria, de la que

todavía no se han olvidado, á pesar de los siglos transcurridos.

El periódico, que es de ocho páginas, en buen papel y bien impreso, se publica en Turna-Severin, Rumania.

—La medalla histórica que anualmente se acuña con motivo de la festividad de San Pedro y San Pablo, fué repartida en Roma el día de la primera de estas festividades. Es una obra de arte, debida al grabador Bianchi, que presenta en el anverso la efigie del Padre Santo con esta inscripción: *Leo. XIII. Pont. Max. An. XI*. En el reverso aparece el Papa sentado en el Trono, vestido de pontifical con el trirreño y el pastoral, en el acto de dar las gracias á cinco figuras que representan las cinco partes del mundo, y que deponen á los pies del Pontífice los dones por el fausto suceso del Jubileo Sacerdotal. Al rededor se lee la inscripción del jesuita P. Tongiorgi: *Antistiti. Sacror. Max. A. L. Sacerdotii. Ejus.*

—Sor Edvigia es el nombre de la hermana de la Caridad que asistió al Emperador Federico, y que en el mundo se llamó Princesa de Radzivil.

—Se hallan terminados los estudios de construcción de un canal que dividirá á Italia en dos partes y permitirá á una escuadra el paso de uno á otro mar, sin necesidad de doblar el cabo Leuca.

Partiría este canal de Castro en el mar Tirreno é iría á terminar á Fano en el Adriático; tendría de longitud 282 kilómetros; de latitud media, 100, y de profundidad, 12; y sería practicable para grandes buques acorazados, como *Duilio* y la *Italia*.

La construcción de este canal permitiría la desecación de los lagos de Bolsena y Trasimeno, y dotaría á aquella región en tierras de regadío.

El presupuesto asciende á unos 500 millones de pesetas, y tan gigantesco trabajo daría ocupación por unos cinco años á más de 200.000 obreros.

—Gracias al Ayuntamiento de Roma, siguen cayendo monumentos, recuerdos é iglesias á los golpes de la piqueta, noche y día, sin exceptuar los domingos. Una iglesia tenía esperanza de salvarse, la célebre y antigua de *Santa Bonosa*, no por ser iglesia, sino porque se decía que allí estaba enterrado el célebre tribuno Cola de Rienzo. Vendrá abajo, sin embargo, porque la Comisión arqueológica ha descubierto que la lápida sepulcral atribuida al Cola pertenece á otro Cola.

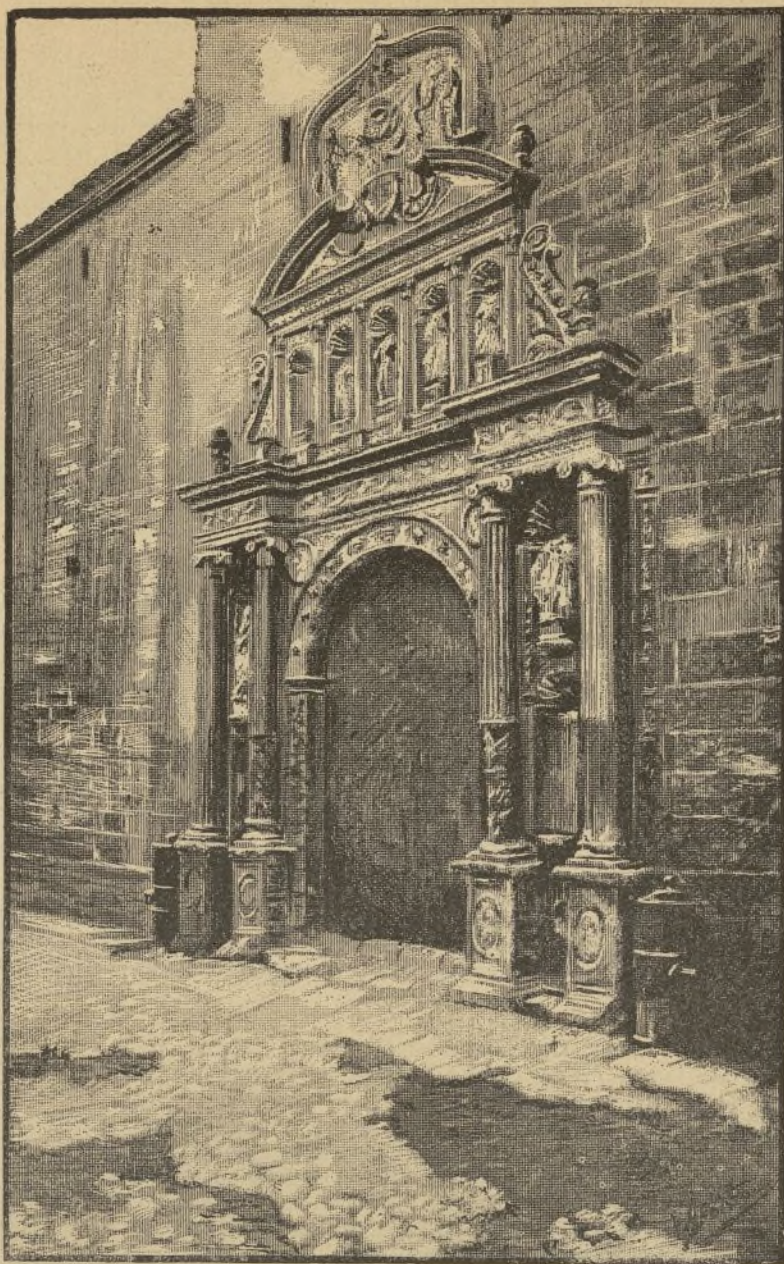
Los arqueólogos que han estudiado el asunto ignoran que el cuerpo del tribuno no pudo ser enterrado en parte alguna, por la sencilla razón de que los judíos lo redujeron á cenizas.

—En una vitrina con marcos de *pelouche*, colores salmón y azul celeste y sobre una rica mesita, forrada del mismo género, correspondiente á la Sección alemana de la Exposición Universal de Barcelona, se han expuesto varias pinturas sobre porcelana, hechas por la Infanta de España Doña Paz.

Figuran entre ellas una paleta de porcelana, en la que se reproduce un torero y las primeras notas de un conocidísimo aire popular; una taza y un plato de estilo japonés y dos candeleros con pinturas de flores y paisaje.

El número aproximado de expositores que toman parte en este certamen es el siguiente:

Alemania, 242; Austria, 252; Bélgica, 242; Bolivia, 2; Buenos Aires, 5; Colombia, 1; la colonia holandesa de Curaçao, 30; las colonias americanas del Norte, 2; Chile, 8; China, 17; Dinamarca, 6; Ecuador, 31; Estados Unidos, 89; Francia, 1.111; Hungría, 56; Holanda, 11; Honduras, 1; Italia, 148; Inglaterra, 148; Jamaica, 1; Japón, 160; Méjico, 1; Noruega, 32; Paraguay, 35; Portugal, 18;



TORTOSA. — PORTADA DE LA IGLESIA DEL HOSPITAL, POR P. M. BERTRÁN.

Rusia, 66; Suecia, 32; Suiza, 32; Turquía, 65; Uruguay, 229; España, 6.158; del Gobierno español, 1.146. Total de expositores, 10.478.

NOTAS SUELTAS

El dios del océano consintió á un pescador extrañero una gruesa perla del fondo del mar viendo su constancia de querer agotar el inmenso líquido con un calderillo.

Y después que tuvo la perla, ¿qué hizo el pescador?

Quedarse dormido en la playa y al despertar se la habían robado.

A la ciencia de perseverar para adquirir, supera la de saber conservar.

En una posada:

- Chico, ¿qué eres?
- Zagal.
- ¿Cuánto tiempo ha que trabajas?
- Diez años.
- ¿Y cómo estás tan pobre?
- No sé. Mi amo es gallego.

Entre madres:

- ¿Qué edad tiene tu hijo?
- Tres meses y quince años.
- ¿Y qué carrera sigue?
- Es cojo.

Los tres primeros libros que se imprimieron en el mundo fueron:

En 1450 un vocabulario latino titulado *Catholicon*

Esta obra se imprimió en Maguncia por Gutenberg, Faust y Schoefer, sobre unas planchas ó tabletas de madera.

La obra más antigua que se conoce impresa con letras de molde es un *Salterio latino*, en 4.º, del año 1457; la segunda es el *Racional*, de Guillermo Durand, en folio, del año 1459; la tercera fué el *Catholicon*, en 1492.

El periódico más antiguo del mundo es la *Gaceta oficial* de Pekín, que lleva *mil siete* años de existencia. Sólo inserta los anuncios oficiales del Gobierno. Publica diariamente 10 hojas de texto en 4.º menor.

La enferma:

— Doctor, he llamado á usted para decirle que me muero de calor, de hastío y de inapetencia... que estoy muy mala, muy mala. Es preciso diga usted á mi marido que necesito ir á Spá ó á Vichy, á cualquier parte donde se coma bien. Estoy anémica, necesito ejercicio. ¿Me da usted palabra de decir eso á Pepe?

— Bien, señora.

El médico habla con el marido y le dice:

— La señora está bastante delicada. Necesita vida metódica y activa. Que se levante temprano y haga ejercicio...

— ¿Cuál?

— Manejar los zorros, la escoba y el plumero.

— ¿Y salir...?

— Sí, nunca está demás un paseito á la Moncloa ó á la Casa de Campo.

— Gracias, Doctor. ¡Me ha salvado usted!

¡Pobres niños! Lujosos y sonrientes os llevan vuestros padres á los bailes que por las tardes os dedican los casinos de gran tono en la frontera, sin que podáis comprender que vuestra presencia en aquellos lugares es anzuelo para atraer concurrencia al execrable vicio del juego. Mientras vosotros, tiernas criaturas, os dedicáis á los juegos infantiles,

hay quien juega el honor, el reposo y acaso vuestra fortuna. Mañana seréis hombres. Si este papel sobrevive á los estragos del tiempo, leedle y aprenderéis á librar de escollos y malos ejemplos á vuestros hijos.

Proverbios chinos:

La burla es el relámpago de la calumnia.

El hombre puede inclinarse ante la virtud; la virtud no se inclina jamás ante el hombre.

El placer de hacer bien es el único que no hastía.

Miente más el que más habla de sí mismo.

Las cosas urgentes deben hacerse despacio, y las que no urgen de prisa.

Un día vale por tres al que hace las cosas á su tiempo.

CURA inmediatamente toda
clase de Vómitos y
Diarreas (de
los tísicos,
de los vómitos,
de los niños)
Colera, Tifus,
Catarrros y úlceras del estómago

**BISMUTO Y CERO
VIVAS PEREZ**

Disenterias,
Vómitos (de
los niños
y de las
embarazadas)

DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

Precio: Caja grande, 3,50 pesetas; pequeña, 2. En Madrid: Farmacias de los Hijos de D. L. Garrido, Hortaleza, 17, y de D. José Palacios, plaza de Santa Ana, 11; F. Izquierdo, Sacramento, 2; Sr. Chavarri, plaza de Antón Martín. Al por mayor, Melchor García.

JABON REAL **VIOLET** JABON **VELOUTINE**
DE **THRIDACE** unido Inven'or
29, B° des 1 allées, Paris
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Color.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.